

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 9: BAUTISMO Y MISIÓN: BAUTIZAR LA CIUDAD

1)	INTRODUCCIÓN	1
2)	LA IGLESIA BAUTIZADA	1
3)	BAUTIZAR TODAS LAS COSAS	3
4)	EVANGELIZAR DESDE EL BAUTISMO	4
5)	PRÁCTICAS	5
6)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO	5

1) *Introducción*

Empezábamos este año hablando del bautismo como manantial, no cisterna. Y con manantial terminamos. Pues no podemos encerrar la fuente en casa, que la inundaría. Todo manantial acaba desbordando el pilón. ¿Adónde llevamos la fuente de nuestro bautismo?

Los antiguos cristianos avisaban: “cuida tu bautismo”. Es decir: “cuida esa fuente viva que Dios ha puesto en ti, para que no deje de brotar”. De alguien malvado afirmaban que su conciencia estaba muy limpia. ¿Cómo era posible? Estaba muy limpia porque nunca la usaba. El chiste se puede aplicar a nuestro bautismo, muy limpio de no usarlo. ¿Y qué es “usar” el bautismo?

Es dejar que fluya el agua por sus caños, transformando nuestra vida y nuestras relaciones. ¿Qué irriga el bautismo, no solo en cada uno de nosotros y en nuestra familia, sino en la Iglesia, en la sociedad, en nuestro lugar de trabajo y misión?

2) *La Iglesia bautizada*

San Pedro, en su primera epístola, que es una homilía bautismal, se dirige a los cristianos como a piedras vivas que entran en la construcción de un edificio (1Pe 2,5ss). Una obra cristiana del siglo II, *El Pastor* de Hermas, usa esta misma imagen. Hermas contempla en visión a la Iglesia, una hermosa mujer que le revela: «Mira, ¿no ves enfrente de ti una gran torre que es edificada sobre las aguas, de piedras cuadradas relucientes?»

La Iglesia aparece como una torre que nace de las aguas. Podemos imaginar esa ciudad mítica, la Atlántida, que fue sumergida por el mar, si ahora volviera a surgir toda entera de entre las olas. O pensamos en el Apocalipsis, en la nueva Jerusalén que baja de lo alto (Ap 21,2) como una esposa, pues el bautismo es un nacimiento de lo alto, de Dios, y es también el baño nupcial de la Iglesia esposa (Ef 5,26).



San Pablo, hablando de la unidad de la Iglesia, afirma: “un Señor, una fe, un bautismo” (Ef 4,5). Las matemáticas del bautismo son curiosas. Hay muchos bautismos, pero si los sumamos todos resulta un bautismo solo, porque en el bautismo nacemos juntos como familia de Dios y cuerpo de Cristo. Hermas, al mirar a la torre, hecha de muchas piedras, ve una sola gran piedra.

Además, ocurre también que en cada bautismo están todos los bautismos. Podemos pensar en el carácter bautismal, que se nos imprime en el bautismo, como un mapa en miniatura de toda la Iglesia. Igual que en cada célula del cuerpo está contenido el ADN de todo el cuerpo, así en cada bautizado está contenido el ADN de todo el cuerpo de Cristo, porque la vida de mis hermanos no queda fuera de mí, sino que ellos me constituyen por dentro.

Hemos visto que la Iglesia aparece a Hermas como una mujer. En la visión esta mujer es anciana de cabellos blancos, pero conserva toda la hermosura de la juventud. La Iglesia es anciana, porque tiene la memoria del hombre en su comienzo, siendo “experta en humanidad” como la llamaba Pablo VI. Pero la Iglesia es también joven, porque lleva dentro de sí un manantial que la hace renacer cada día. Al entrar en un templo encontramos a la puerta la pila bautismal. Recordamos así que la Iglesia nace continuamente de las aguas, poniéndose en camino hacia el altar eucarístico, donde se ofrece al Padre.

En estos tiempos de confusión y divisiones dentro de la Iglesia nos ayuda verla así, en su verdad última, naciendo sin cesar de las aguas. Toda reforma de la Iglesia consiste simplemente en quitar la tierra que taponan el manantial, para que Ella siga formándose como nueva Eva del costado de Cristo. La Iglesia es un camino común (esto significa “sínodo”) sólo si antes es un nacimiento común desde Cristo, desde su palabra y su cruz, que se actualizan en el bautismo.

También a la luz del bautismo miramos a *Familias de Betania*, nuestra familia de familias dentro de la Iglesia. Lo hacemos con gratitud porque el Señor cultiva para nosotros este jardín bien regado donde nos arraigamos y damos fruto. Como toda comunidad dentro de la Iglesia – toda parroquia, movimiento, asociación – *Familias de Betania* está viva si renace continuamente del bautismo. Podemos seguir juntos a pesar de nuestra debilidad y de las fuerzas centrípetas que tienden a dividirnos, si recordamos continuamente los dones que Dios nos da para unirnos y para regenerar nuestra unidad. Somos “un cuerpo y un Espíritu” (Ef 4,4), porque confesamos juntos “un Señor, una fe, un bautismo” (Ef 4,5). Y podemos escuchar también, referido a *Familias de Betania*, el antiguo aviso: “¡cuida tu bautismo!”

Si miramos a la Iglesia desde el bautismo, vemos que su predicación es siempre actual, porque la Iglesia predica el hombre nuevo que renace de Dios. Si el Evangelio hoy no es aceptado en nuestra cultura no es porque contenga una visión anticuada del hombre y hable a un hombre que ya ha dejado de existir. El Evangelio no es aceptado porque la Iglesia anuncia *al hombre que todavía no es*, es decir, al hombre que está formándose hacia el Resucitado. De este modo el bautismo del que nace la Iglesia puede tocar también a nuestra sociedad, bautizándolo todo. Veámoslo.

3) **Bautizar todas las cosas**

Naciendo de las aguas, la Iglesia no se ha guardado para sí el manantial, sino que lo ha llevado a la sociedad entera, transformándola. Se habla, por ejemplo, del bautismo de países enteros, como el de Polonia en 966. La Iglesia, que tiene dentro de sí el manantial del bautismo, lo deja fluir más allá para transformarlo todo. Hace poco leía esta frase, que subraya la capacidad creativa de la fe: “quien cree, crea”, es decir: la fe nos mueve a crear: crear relaciones, crear ambiente, crear fruto...

Pensemos en el uso antiguo de edificar un baptisterio junto a la Iglesia. Una foto aérea de la plaza de san Juan de Letrán, en Roma, muestra cómo el bautismo atañe también al urbanismo. Con el baptisterio, la ciudad lleva en sus planos la marca del origen de la vida, que no viene de nosotros, sino de Dios, y por eso puede renovar nuestra vida juntos.

Esta presencia del bautismo renueva también el modo de acercarse a la muerte. Si los antiguos tenían necrópolis (“ciudades de los muertos”), con la fe aparece dentro de la ciudad el cementerio (“lugar de los que duermen”). Al entender la vida desde el bautismo la muerte queda absorbida por el nacimiento. Seguimos muriendo, pero ahora con la esperanza de despertar del sueño, es decir, de nacer a la vida definitiva.

Desde aquí vemos ya algo crucial que el bautismo ha aportado a nuestra cultura. Nuestra vida común no es resultado de un pacto entre los que estamos vivos. No, la vida común depende de un don originario que nos ha sido confiado, y que no está a disposición de ningún poder humano. Impresiona ver cómo el llamado “derecho al aborto” destruye este cimiento. Ya no hay “derecho a nacer” como propiedad inalienable de cada persona. La ciudad humana ya no crece por un don que viene de más allá de nosotros, y que nos conserva jóvenes, sino por la decisión de quienes están ya vivos y administran su cisterna habiendo cegado el manantial.

El bautismo nos da esperanza ante la debacle cultural que vivimos. Esto parece difícil, porque las formas cristianas con que se vivía en el pasado han quedado en ruinas. Parece imposible desescombrar y reedificar. Pero el bautismo nos recuerda que la reconstrucción no necesita volver a las ruinas, porque el bautismo es un nacimiento desde lo alto, es decir, desde el futuro del Resucitado. Para reconstruir nos basta conservar la forma de los sacramentos, para que desde ella se regenere la ciudad de Dios, sin tener que volver la vista atrás. Nace de aquí una esperanza radical, por mucha debacle cultural que haya.

Esta mirada del bautismo se extiende sobre toda la realidad. Los Padres de la Iglesia hablan de un bautismo de la creación, porque toda ella se orienta al bautismo que traerá Cristo, donde el mundo nacerá definitivamente. Veían este bautismo en el Espíritu que aleteaba sobre las aguas del Génesis y sobre el que Dios pronunció su Palabra (*Gén 1,2-3*). Y, según ellos, también la cultura humana ha sido bautizada, pues en todo puede descubrirse el sello de la cruz, desde los arados hasta los navíos (en el mástil). Incluso hoy, antes de la botadura, se “bautizan” los barcos. ¿Podemos mirar así todas las cosas?

Pensemos en nuestros instrumentos de trabajo. Hoy nos parece difícil bautizarlos. G.K. Chesterton, en su ensayo “Gallo que no canta” compara los trabajos antiguos, como la siega, donde era natural acompañar la tarea con el

canto, a los trabajos modernos, como los oficinistas de un banco, a quienes nos cuesta ver cantando mientras trabajan. Bautizar algo es introducirlo en la corriente del bautismo que camina hacia la gloria de Dios; por tanto, bautizar algo es hacer que lo pueda acompañar un canto.

¿Qué significa bautizar nuestras herramientas, las que usa el médico, el maestro, el mecánico...? Significa verlas como un regalo que sale del manantial primero del Creador, para que colaboremos con Él en su obra, dirigiendo el río hacia Cristo. Es verdad que en algún caso puede ser difícil el bautismo. Por ejemplo, los smartphones llevan una cubierta hidrófoba, es decir, enemiga del agua. Algo querrá decir. Para algunos objetos o lugares hidrófobos, el bautismo puede lograrse quitándoles consistencia y poniéndolos al servicio de otros ámbitos "bautizables".

¿Y podemos bautizar nuestros relojes? Un hombre estuvo durante varios meses esperando el anunciado regreso, desde una zona de guerra, de la mujer amada. Le parecía a cada momento que la puerta se iba a abrir e iba a aparecer por fin. Tras ese tiempo de espera algo cambió en la vida de aquel hombre. Él lo describía así: cambió su relación con las puertas. Pues bien, el bautismo cambia nuestra relación con las puertas, es decir, nuestra relación con cada momento de espera, con cada novedad. Y el bautismo cambia nuestra relación con los relojes, pues nuestro tiempo pasado se convierte en el tiempo de un don recibido, y nuestro futuro en el tiempo de la fecundidad que está llamado a dar ese don.

Otro ejemplo: acudiendo a los tanatorios y al modo en que se organiza el tiempo de vela por nuestros difuntos, a veces se tiene la impresión de que nos los han desbautizado. ¿Qué habría que cambiar para una nueva inmersión de esta práctica (y de otras) en la corriente del bautismo?

Podemos continuar la serie: ¿qué significa bautizar el ocio; bautizar el calendario, estación a estación; bautizar nuestra forma de vestir y de comer...? ¿Qué más áreas de nuestra vida se resisten, hidrófobas, al bautismo, es decir, a que las pongamos bajo el signo del don de Dios que, atravesando la cruz, se hace fecundo? Bautizar el mundo es la forma que toma en nuestro tiempo la misión evangelizadora de la Iglesia, que nace siempre desde el bautismo, como vamos a ver.

4) *Evangelizar desde el bautismo*

Os aconsejo un buen libro sobre la expansión de nuestra fe: *La paciencia: el sorprendente fermento del cristianismo en el Imperio romano*, de Alan Kreider (Salamanca 2017). El autor defiende que la expansión evangelizadora de la Iglesia primitiva no se llevó a cabo a partir de planes pastorales para convertir el universo. No, el método fue otro: el catecumenado que preparaba para el bautismo, creando hábitos de vida cristiana y generando un ambiente donde podía vivirse la fe. Los cristianos atraían con su vida y su oración, y proponían un camino hacia las aguas, que suponía la transformación de la vida y abría un camino de fidelidad paciente.

Entendemos así la fuerza evangelizadora del bautismo. A la fe se nace, y por eso se necesita una madre. Es la Iglesia, que ofrece un regazo donde el cristiano pueda formarse. El trabajo es paciente, porque es necesario incubar, modelando y nutriendo. Y este proceso continúa luego, durante toda la vida cristiana, de



Eucaristía en Eucaristía, de reunión de Caná en reunión de Caná, de día de Betania en día de Betania...

Si la evangelización pasa por el bautismo, es decir, por un nacimiento, entonces la evangelización se da siempre desde la relación. Esto significa que sólo evangelizamos juntos, siempre que edificamos un lugar vivo de Evangelio. No evangeliza un individuo, sino una familia o un grupo de familias. Porque para evangelizar hay que ofrecer un jardín fecundo, bautizado, donde cada nueva semilla pueda ser plantada, en medio del desierto contemporáneo.

Esto significa que evangelizamos viviendo a fondo nuestras relaciones, para traer estas relaciones a la tierra bautismal, donde encuentran su arraigo último. Por eso, evangelizamos a los amigos si trabajamos con ellos una amistad honda, que al final pedirá compartir la fe. Y evangelizamos el trabajo si vivimos hasta el fondo con excelencia nuestro trabajo, lo que implica elevar nuestra obra al Padre.

Junto a la imagen de la torre construida de las aguas, san Pedro usa en su epístola otra imagen para indicar el único bautismo de toda la Iglesia (1Pe 4,20-22). Se trata del arca de Noé salvada de las aguas con ocho personas, signo del día octavo de la resurrección. Terminamos el año dedicado al bautismo entrando en el arca, construida por el madero de la cruz. Si en el arca de Noé los animales que entraron salieron igual de animales, en el arca de la Iglesia entramos animales, pero, por el bautismo, salimos seres racionales, discípulos de la palabra de verdad. Y desde esta barca emprendemos nuestra pesca, ofreciendo a los hombres un refugio y una dirección frente al diluvio de nuestro tiempo.

5) Prácticas

- que el padre de familia, con agua bendita, bendiga algún utensilio de trabajo o algún espacio de la vida familiar, describiendo cómo puede entrar en la corriente del bautismo
- pensar cada familia en alguna familia amiga que podemos invitar, a lo largo del año que viene, a *Familias de Betania*

6) Preguntas para el diálogo

1. ¿Cómo cuidamos nuestro bautismo?
2. ¿Qué misión eclesial y social emana del bautismo?
3. ¿Se te ocurre algo que puedas “bautizar” en tu vida personal, conyugal, familiar, social?
4. ¿Cómo evangelizar desde nuestras relaciones?